

Amanecer en el Rakha-Poshi desde Karimabad.  
El autor, en una de las muchas tiendas de armas a lo largo de la carretera, cerca de Gilgit. Están fuera de todo control y con frecuencia han sido fabricadas localmente, imitando cualquier modelo del mundo. Pero disparan con toda eficacia.  
La Karakorum High Way tiene tramos difícilmente transitables. Se agradecen porteadores.  
Una aldea del norte de Pakistán  
Niños cerca del glaciar de Gulmit.

# Por la espina Dorsal del mundo

Texto y Fotos: : Miguel Ormaetxea

**E**stábamos ateridos, a pesar de nuestros gruesos anoraks, cuando nos hicimos la foto en el paso fronterizo de Khunjerab, a 5.000 metros de altura, el más alto del mundo. Nevaba. Quedaban muy lejos los insufribles calores del desierto calcinado de Bukhara a Khibra, no lejos del pobre Mar de Aral. No parecía imaginable que pocos días más tarde volviéramos al infierno de las noches a más de 30 grados, con ventiladores de techo mucho más pródigos en ruido que en aire. Entonces era el mes de agosto, en el escaso periodo que la carretera permanece abierta. Bueno, habrá que exceptuar siempre algunos tramos, a pesar de los evidentes esfuerzos de los pakistaníes por mantener abierta la vía, vital para el comercio con China y estratégica a todos los efectos.

Hay que tener en cuenta que desde que salimos de Khasgar, en China (habría que precisar, en la provincia china de Xingxiang, donde un 95 por ciento de población de turcomanos uigures soporta el férreo y altivo dominio del Ejército Rojo de raza han) nos encontrábamos en la Alta Tartaria, llamada el *Tercer Polo* en el siglo XVIII por su carácter extremadamente remoto.

La cordillera de la Karakorum forma parte de la espina dorsal del planeta. Aquí las montañas del Pamir convergen con el oeste del Himalaya y forman el verdadero Techo del Mundo. Sólo la Karakorum tiene 33 montañas de más de 7.000 metros, incluyendo el famoso K-2, el segundo pico del globo, pero más difícil de escalar que el Everest. Para abrir la carretera trabajaron simultáneamente más de 15.000 obreros, de los que más de 400 perdieron la vida. Los chinos se

encargaron de la construcción de los numerosos puentes del recorrido, que sólo admiten camiones de un tonelaje limitado. Esta proeza necesita un esfuerzo sin respiro. Los innumerables glaciares a veces avanzan a paso de carga y la aviación militar pakistaní tiene que bombardearlos.

El descenso entre estrechísimos valles, con el sol restallando contra el hielo que muerde la carretera y baja en directo desde una montaña de más de 8.400 metros, es sencillamente alucinante. Eran poco más de las cuatro de la mañana y el jeep que debía subirnos al Nido del Aguila nos dejó en tierra. Estábamos en la aldea de Karimabad y un tanto frustrados, mi mujer y yo nos subimos al techo de una humilde casa, entre melocotones puestos a secar, para contemplar la salida del sol. El valle estaba sumido en una sombra vivaz, que parecía agitarse inquieta, en medio de un silencio dila-



tado. Ni una señal de vida se percibía aún en el pueblo, la gente dormía sobre los techos planos, acurrucados en oscuras mantas, en racimos familiares. De pronto, el dedo de Dios tocó una punta diamantina y la encendió con un destello blanco.

Allí arriba, el sol alcanzó la cercana cumbre del Rakha-Poshi, con sus 7.788 metros del altura. Sucesivamente, como en una solemne apertura de un concierto de primavera, otras cumbres se iluminaron aquí y allá, en todas direcciones. Los blancos sudarios parecían elevarse en un cielo sin nubes.

Vi a un anciano subir trabajosamente por una escalera de mano hacia el techo que ocupábamos. Me alarmé, parecía traer algo en la mano. Evidentemente estábamos en su casa, sin permiso. Miré su gorro descolorido y su rala barba blanquecina. Y vi unos ojos en paz. Traía una pequeña bandeja con dos vasos de gastado cristal, humeantes. Era té caliente. La dejó a nuestros pies, juntó las manos, inclinó levemente la cabeza y se dió la vuelta.

Torpe, medio alelado, traté de musitar unas palabras, saqué unas rupias que rechazó con un gesto suave. Yo ni tan siquiera sabía decir gracias en su propio idioma.

No me importó nada haber perdido el jeep al Nido del Aguila. ¡Pobre Pakistán! El País de los Puros nació mal. Un empecinado enfermo de cáncer llamado Mohamad Ali Jinnah se impuso al grupo de intelectuales musulmanes de Bombay, que vivían exiliados en Londres y acariciaban la loca idea de crear un estado puro musulmán, segregándose de la India, cuando la colonia británica estaba a punto de lograr la independencia.

No le convencieron ni los suplicantes esfuerzos de Gandhi, ni su ofrecimiento de entrar a formar parte del nuevo Gobierno con máximos poderes. La secesión costó millones de muertos.

### Futuro incierto

Ese río de sangre no se detiene y, después de tres guerras, aún se disputan Cachemira. Ahora con armas

nucleares. La apuesta de Pakistán por el fundamentalismo musulmán ha sido nefasta. El diagnóstico del periodista y escritor norteamericano Robert Kaplan, que ha recorrido en numerosas ocasiones todo el país, es desolador: "Pakistán ya ha llegado a ser un Estado en descomposición, que se basa más en actividades delictivas que en un Gobierno efectivo". Partió con las mejores tierras y una parte muy importante del comercio de la gran colonia británica y ahora su nivel de vida es menos del 50 por ciento de su vecino y enemigo. Una región que es un mosaico de lenguas, etnias y culturas, frágilmente dominada por un ejército cuyos mandos están prácticamente monopolizados por el grupo minoritario punjabí. Un conjunto explosivo de 155 millones de habitantes, al que se añaden 12.000 personas cada día.

Un lugar bastante propicio para ocultar a gentes como Bin Laden. Pero, ¿por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo le queda a Pakistán para enderezar su rumbo? ■